

POSTALES EN NEGRITO Y BLANCO

POR ÁNGEL STIVAL.

Aguafuertes sociopolíticas tomadas al natural durante una viajada estadía en Sudáfrica, el cono sur del "continente negro", donde la gente "de color" va ganando espacios muy lentamente y muchos blancos viven amurallados con cola de paja. ¿Mundial? ¡Qué mundial!?

Pasada la medianoche, me encontraba con un grupo de periodistas argentinos en un bar de Hatfield, la Nueva Córdoba de Pretoria. Y alguien que pasó muy rápido, tanto que ni siquiera lo vi, me entregó un papel que decía más o menos lo siguiente: "*Christopher: No nos olvidamos de ti. Sabemos que eres un boer aborrecible que ha arruinado a mi familia y que debes pagar por ello. Todo lo que quisiera ahora es tener una conversación cara a cara contigo*". No recuerdo si la nota estaba firmada. Creo que no. Pero afuera había un hombre –negro– que se golpeaba el pecho con la mano abierta, como diciendo "*Yo soy el que firma*".

Lo que hicimos fue llamar al mozo –negro– y preguntarle qué significaba aquello. "*Un momento*", dijo el mozo, y le llevó el papel al dueño del bar, negro. El propietario vino a hablar con nosotros y trató de tranquilizarnos diciendo que todo no era más que una tontería y que no teníamos que preocuparnos por nada. Debió ser

cierto nomás, porque una hora más tarde salimos del bar caminando y nos fuimos a dormir sin tener más noticias de nuestro confundido interlocutor. En realidad,

no parece posible que haya habido una confusión, sino más bien un intento de engaño, quizá especulando con nuestro desconcierto, para sacarnos algún dinero, o algo peor.

CUATRO DATOS

El episodio narrado no debería llevarnos a conclusiones de sociólogos baratos que anduvieron un mes por Sudáfrica. Pero aporta indicios sobre algunas cuestiones que tipifican a ese país cuyos problemas básicos, por lo demás, no son muy diferentes de los que aquejan a los habitantes del llamado Tercer Mundo: pobreza, desocupación, inseguridad, educación y salud en crisis, etcéteras.

En primer lugar, Hatfield es el único barrio de Pretoria donde es posible hallar un bar –y otras perdiciones– abierto a la medianoche. Lo que no implica que no hayamos sufrido alguna frustración en nuestro propósito de engullir unos tallarines con frutos de mar en el restaurante Roma, después de las 10 de la noche. "*Esto no es un night club*", nos dijeron, antes de cerrarnos la puerta en las narices.

Segundo, hay quien piensa que el recuerdo del apartheid –una suerte de clasificación social establecida jurídicamente por la clase dominante blanca, los *afrikaners*, en 1948 y que se mantuvo hasta los primeros años de la década de 1990– todavía puede ser utilizado para obtener alguna ventaja. Como asustar a un blanco para que te dé plata, por ejemplo.

Tercero, los mozos son negros –y negras– y, en general, no hay blancos en ese oficio. Como no los hay en casi ningún otra labor que tenga que ver con los servicios básicos y más sufridos, como choferes, barrenderos o cuidadores de autos.

Cuarto, el dueño del bar era ne-

gro y esa es una novedad introducida en el país de Nelson Mandela y el obispo Desmond Tutu, líderes naturales de gran ascendencia social y ambos premios Nobel de la Paz. Tutu obtuvo la distinción en 1984 y "*Madiba*" –como llaman cariñosamente los sudafricanos a Mandela– la recibió en 1993, compartiéndolo con Frederik Willem de Klerk, el blanco que le entregó el poder. La rareza de un negro propietario ya no es tal y una incipiente "burguesía de color" avanza en espacios y terrenos que antes estaban reservados a los blancos, al calor de un Estado que, desde Mandela en adelante, ha sido manejado por negros. El dueño del bar, además, minimizó el episodio con la típica actitud de quien esconde la basura bajo la alfombra.

BLACK BROOKLYN

Amanda, la negra de origen *nguni xhosa* dueña de la casa de huéspedes en la que nos alojábamos, nos contó que había comprado esa enorme casona gracias a un crédito del Estado. De eso, hay ejemplos varios.

A esta altura, hay otra conclusión que, por obvia, puede pasar inadvertida: gran parte de la población sudafricana es negra. De acuerdo con cifras de *Statistic South Africa's (Stats SA)*, en 2009 el país tenía 49.320.500 habitantes, de los cuales el 52% eran mujeres. De esas personas, el 79,3% eran negras, 9,1 blancas; 9% mestizos –llamados *coloured*– y 2,5 eran asiáticos, la mayoría de la India o Pakistán.

Pretoria, capital administrativa de Sudáfrica, es la ciudad en la que estuvimos más tiempo. Paramos en uno de sus barrios residenciales: Brooklyn, sede, además, de las embajadas más importantes.

Allí hay muchos árboles, la mayoría jacarandás brasileños.

54



Según las guías turísticas, hay 70 mil ejemplares de esa especie, que en primavera –septiembre, igual que acá– tiñen de rosa la ciudad. También hay calles perfectas por las que circulan muchos autos nuevos, veredas anchas como jardines, con flores, enredaderas reptantes, césped y, de cuando en cuando, un senderito de cemento.

En el Brooklyn sudafricano casi no hay caminantes. Y ni se le ocurra pensar en un quiosco, un almacencito o una panadería. Menos, un bar. No los hay. Están todos en el Brooklyn Mall o en cualquiera de las grandes superficies comerciales que tiene cada barrio y que carecen de entradas para peatones, porque se ingresa a través de la playa de estacionamiento. Pretoria no es una ciudad para gente de a pie, al menos en aquel barrio, donde, para aumentar las dificultades de las veredas, suelen encenderse los grifos del riego desde atrás de los muros, sin considerar el posible paso de transeúntes.

Los muros son murallas, las casas no se ven. Pero sí son bien visibles los carteles que advierten que los guardias –particulares– están armados, que el perro es muy feroz y que los inocentes alambrecitos que coronan las altas paredes están electrificados. Tras los muros, hay blancos con miedo. Quizá no miedo actual, pero sí del pasado reciente, cuando las luchas negras y la presión mundial derrumbaron ese engendro jurídico que fue el apartheid, que otorgaba cuatro clases de documentos: para blancos, negros, mestizos o asiáticos. Y los jóvenes blancos más tradicionalistas sueñan con irse a vivir a Australia. Ese es el miedo que pretendía explotar aquel negro de la cartita. Y aunque ya no parece haber motivo para el pánico, algunos síntomas pueden resultar inquietantes.

PARQUE PARANÓIA

Llegamos tarde a Phalaborwa, una de las puertas de entrada al emblemático Parque Kruger, de 350 kilómetros de largo por 60 de ancho, donde viven, entre otros, 10 mil elefantes, 900 leopardos, dos mil leones, dos mil rinocerontes y 18 mil búfalos. La oficina de turismo a la que acudimos en busca de pistas

para alojarnos estaba cerrada. Pero de una garita policial cercana salieron tres uniformados –negros y ebrios– dispuestos a ayudarnos. Llamaron por teléfono y pronto arribó un auto que nos trasladó a un hotel. Antes, debimos dejar una buena propina a los policías, que la exigieron de manera inesperada, y perentoria. Entendimos un poco la paranoia de los sudafricanos blancos y nos preparamos para otra experiencia fuerte en el hotel.

Para nuestra sorpresa, Joe, el dueño, resultó ser una maravilla que salió a comprar un cable para notebook cuando vio nuestras dificultades con los enchufes y se encargó de gestionarnos un lugar que tuviera Internet. En el medio, se entretuvo mirando cómo escribíamos. Todo le pareció impecable a nuestro improvisado editor, salvo la palabra negro. “Con africanos, es suficiente”, dijo, con humor pero bien en serio. Su comprensión de lo que escribíamos en español se explica muy fácil. Era del vecino Mozambique, ex colonia de Portugal, como Brasil. Tan lejos y tan cerca.

MISERIA Y VILLAS

Otra postal son las villas miserias presentes en las grandes ciudades, como Johannesburgo, Ciudad del Cabo y Pretoria. Iguales que acá, pero inmensas. Es el reflejo en la realidad de los fríos números que da la *Stats SA*: 40% de desocupación.

John Carlin, periodista y escritor inglés –autor de *Playing the Enemy*, traducido aquí como *El factor humano*, quizá para eludir el gerundio, y base de la famosa película *Invictus*–, es hijo de padre escocés y madre española y estuvo un tiempo en Buenos Aires. Eso le permite ser columnista de *El País* de Madrid. En una nota publicada por el *Pretoria News*, diario en inglés de la ciudad homónima –que cuenta también con el *Beeld*, un periódico en *afrikaans*, lengua germánica, criolla del holandés, que asimiló vocablos de inglés, malayo, portugués y de las lenguas zulúes–, Carlin afirma que el problema en Sudáfrica ya no es de negros contra blancos, sino de negros contra negros. Estas villas son el escenario natural de esa pelea entre pobres.

ASUNTOS DE MINAS

Unos días después, ya en nuestro seguro y próspero país, leímos –por nostalgia– en *El País* de Madrid una noticia de Sudáfrica que nos impactó: la policía había hallado cuatro cadáveres acribi-

llados a balazos en una galería abandonada de una mina de oro, propiedad de una empresa cuyos dueños son un nieto de Nelson Mandela y un sobrino del actual presidente sudafricano, Jacob Zuma. La investigación en la mina empezó después de que el periódico *Sowetan*, nacido en Soweto al calor de las luchas anti-apartheid, informó que 20 mineros habían muerto en un tiroteo con guardias de seguridad.

La mina pertenece a *Aurora Empowerment Systems*, propiedad de Zondwa Mandela y Khulubuse Zuma. Negros, claro. En una nota, la empresa sostiene que unos mineros ilegales habían estado excavando sin permiso y que agentes de seguridad de la compañía se acercaron a la mina para averiguar la situación. Encontraron a los mineros ilegales y durante un “incidente” tuvo lugar un tiroteo, que produjo la muerte de los cuatro mineros. La nota destaca el problema de la minería ilegal en Sudáfrica. Sin palabras. Lejos de eso, en el extremo occidental, Ciudad del Cabo ofrece sus encantos históricos, gastronómicos y paisajísticos a la fauna diletante que pasea por el mundo. Por adentro, por el camino del vino, por la costa, para recorrer playas maravillosas en el Océano Índico. Como la de Porth Elizabeth, donde un mediodía de julio –invierno, igual que acá– los bañistas retozaban, jugando con las olas.

